



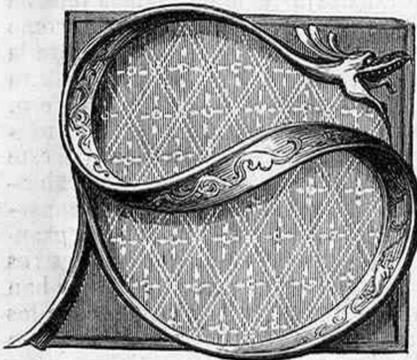
NUM. 36. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 6 DE SETIEMBRE DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



in pasar recado de atencion ni tener papeleta de entrada, trataron los moros en la semana última de penetrar en Melilla en son de guerra. Habia salido una cuerda de presidiarios á componer el cauce del rio y regularizar el

curso de los arroyos afluentes. Iban escoltados por una fuerza de infantería, cuando de la plaza avisaron los vigías que grandes grupos de moros se encaminaban contra ellos. El gobernador, que se hallaba paseando en traje de paisano, sin cuidarse del uniforme, mandó retirar á los confinados y salir la tropa disponible, escasa en número, no sabemos por qué, y compuesta de algunas compañías del batallon cazadores de Vergara y del lijo de Ceuta. Acometidas estas tropas por un número infinitamente superior de moros, se portaron con la bizarría y denuedo que eran de esperar, mandadas por el gobernador, haciendo grande estrago en el enemigo y cogiéndole unos 90 prisioneros. Por nuestra parte tuvimos unos 50 heridos y 4 ó 5 muertos, que fueron retirados á la plaza, á donde volvió la tropa combatiendo por escalones en buen orden, hasta ponerse al abrigo de la artillería de los fuertes.

¿Qué les parece á ustedes de los moritos del Riff? Primera pregunta que se ocurre á cualquiera. Pero aun hay mas preguntas que hacerse.

Por ejemplo: si cuando la guerra de Africa se hubieran reforzado las tropas que mandaba el valiente y entendido brigadier Buceta, y se le hubiesen dado los medios de reparar y vengar el descalabro que sufrió allí y que quedó sin reparacion, ¿habria llegado el conflicto que hoy lamentamos?

Item: si cuando las tribus próximas á Melilla ofrecieron unirse á España y someterse al gobierno español como parte integrante de sus dominios, con la única condicion de que se respetasen sus creencias religiosas, se hubiera accedido á su peticion ¿no tendríamos hoy una gran fuerza indígena que oponer á los desmanes de otras tribus salvajes?

Otrosi: si cuando se hizo el tratado de comercio se hubiese exigido terminantemente y como condicion *sine qua non* que el sultan de Marruecos alzase la prohibicion de comerciar al por mayor con nuestras plazas de Africa permitiendo á sus súbditos este comercio ¿no se habrian entablado relaciones ventajosas con los moros que habrian cambiado el aspecto de las cosas?

Y si estas tres medidas se hubieran adoptado á la vez ¿no habriamos aumentado nuestro territorio, ganado nuevos habitantes, pacificado el pais y comenzado á introducir en él los beneficios de la civilizacion? Esto nos parece evidente; y como no se hizo cuando hubo ocasion, creemos que debe hacerse ahora que la ocasion se vuelve á presentar. Nuestro parecer es por tanto que se deben adoptar por el gobierno estas tres medidas: 1.ª enviar 30,000 hombres á Melilla para ocupar militarmente el territorio del Riff mas espuesto á las invasiones de las kabilas belicosas; 2.ª conceder ese territorio á las kabilas pacíficas que se agreguen á los dominios de España y quieran cambiar su nacionalidad, con la condicion de respetar sus creencias religiosas; 3.ª exigir terminantemente del sultan el permiso de que sus súbditos comercien por mayor con nuestras plazas de Africa.

El correo de Méjico ha traído noticias mas recientes de las que dimos en nuestra pasada revista; pero son de poca importancia. Los franceses ocupan y dominan la faja de terreno que se estiende de Méjico á Veracruz: el resto del territorio obedece al gobierno de Juarez, el cual desde San Luis del Potosí dicta órdenes para reunir tropas y continuar la resistencia. Los *notables* de Méjico han creado en nombre del imperio, ó por mejor decir, restablecido, la órden de Guadalupe, inventada por el desdichado Itúrbide; y además han resuelto enviar al papa un mensaje con las actas de sus declaraciones, suplicándole que bendiga su obra del establecimiento del imperio y nombramiento de emperador. Estos señores notables se van haciendo notar por muchos conceptos. En Francia se va dibujando ya entre las nebulosidades de los periódicos imperialistas el proyecto de sacar partido para la dinastía napoleónica de

los sucesos mejicanos, bien haciendo de Méjico una colonia como Argel, bien poniendo á la cabeza de la monarquía recién creada un príncipe francés.

En nuestra España siguen las cosas como las dejamos en la revista pasada. La corte vendrá de San Ildefonso á Madrid el 9; y el 13 dicen que se publicará oficialmente el embarazo de la reina, con cuyo motivo habrá procesion pública y solemne desde palacio al templo de Atocha y desde el templo de Atocha á palacio.

Comienzan á volver á esta capital la emigracion que la abandonó con motivo del verano: se animan las tertulias y los círculos; y se abren los teatros. Los viajeros que llegan del Norte nos hablan del mal estado de algunos trozos de este camino y temen que haya desgracias en alguno de los diez y seis túneles del Guadarrama. Acercándose la estacion de las nieves y de las aguas, la empresa debe apresurarse á hacer las recomposiciones y obras necesarias, aunque haya que suspender el tránsito por algun tiempo en ciertos puntos. En Segovia hay gran satisfaccion porque el señor Salamanca, el atrevido é inteligente constructor de ferrocarriles en España, ha tomado á su cargo el hacer un desde esta capital á Segovia prolongándole hasta Valladolid. Grande empresa seria esta si se llevara á cabo; ¿pero se llevará? Lo dudamos un poco, y los segovianos deben irse con tiento y atar bien los cabos, para que el dia de mañana, en que pueda obtenerse la concesion de la via de los Alduides, no se vean sacrificados á las necesidades de una transaccion entre la empresa del camino de Pamplona y la empresa del Norte.

Mas claro: á la empresa del Norte no le conviene la apertura del camino de los Alduides, ni tampoco un ferrocarril, que pasando por Segovia acortase la distancia entre Madrid y Valladolid. Puntos de transaccion para el dia en que pudiera haberla entre el señor Salamanca y la empresa del Norte: el sacrificio de los Alduides ó el sacrificio de Segovia. ¿Están ciertos los segovianos de que en tal caso no serán ellos los sacrificados? ¿Segovia ha sido sacrificada tantas veces! Hoy mismo no hay provincia de las colindantes con Madrid, que no esté unida á la capital por un camino de hierro, á escepcion de Segovia, que no ha tenido ni aun la esperanza de salir de semejante estado, hasta que el señor Salamanca ha tomado á su cargo el asunto. ¿Se realizará esa esperanza? Lo deseamos y lo celebráramos mucho; pero, como decimos antes, tenemos nuestras dudas que quisiéramos ver disipadas.

Dentro de un mes, según la cuenta, se verificarán las elecciones generales de diputados á Cortes: y en estos momentos se agita la cuestión de si los partidos progresista y democrático se abstendrán ó no de tomar parte en la lucha electoral. Para resolverla van llegando de las provincias los padres graves de uno y otro bando y creemos que de un momento á otro ha de quedar resuelta.

El martes dió principio á la temporada cómica el teatro del Circo, con el drama titulado *Lances de honor*, escrito por don Joaquin Estébanez, seudónimo, bajo el cual dicen que se oculta un eminente escritor. Este drama tiene un gran fin moral, buenos pensamientos, expresados en un lenguaje digno y elevado y un interés que va creciendo hasta el fin, sin decaer, y conmoviendo cada vez más á los espectadores. Comparado, sin embargo, con *Lo positivo*, el público da desde luego la preferencia á esta producción sobre la estrenada el martes.

En el teatro de la calle de Jovellanos se representó la zarzuela en tres actos *El zapatero y la maja*, arreglo de la ópera del maestro Ricci, titulada: *Crispin y la comadre*: música agradable y de bellissimo efecto en algunos pasajes: ejecución buena, aunque no perfecta: libretto bien arreglado, á escepcion de varios chistes, que habria sido conveniente velar un poco, ya estén, ya no estén desnudos en el original.

El Príncipe no empezará, como hemos dicho, hasta mediados de mes á dar señales de vida.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DOS REACCIONES LITERARIAS.

I.

No siempre las preocupaciones se vencen con la razón, sino que más generalmente ceden, por desgracia, al imperio de otras preocupaciones diversas, que entronizan en el primer momento nuevos errores sobre la ruina de los errores antiguos, y solo consiguen por el pronto, en vez de ilustrar el espíritu de las sociedades, imprimir distinto rumbo á las viciadas tendencias que le dominan. La historia nos muestra como inexorable ley esta irresistible propensión de toda escuela triunfante, de toda idea vencedora, á enorgullecerse con sus laureles, hasta imaginar que es la única y absolutamente legítima, negando todo fundamento á sus contrarias, y lanzando á los pueblos como á los individuos en el movimiento febril de las reacciones.

Esta agitación tiene, sin embargo, incalculables ventajas. Porque, á más de las que siempre trae consigo la aparición de ideas nuevas y aun la misma restauración de ideas antiguas, que ya en el hecho de renovarse dan á conocer que no habían desaparecido definitivamente ni agotado por completo su interior eficacia, tales conmociones jamás dejan de herir ciertas fibras del humano corazón, cuyas rudas sacudidas nos despiertan del letargo en que nos sumió el absolutismo de concepciones precedentes, condenadas por la falta de lucha al marasmo y á la incapacidad, y preparan á las naciones para una época superior, que libremente resume cuantos gérmenes de fecundidad se contenían en aquellas.

Merced á este tercer momento, podemos considerar la historia con un sentido verdaderamente racional y humanitario; de otra suerte, el progreso sería un nombre vacío, y la perpetua lucha de principios antitéticos, engendrando tan solo una anarquía desenfrenada, una oposición insoluble, una perturbación radical y constante, conduciría á lo sumo, privada de esos términos comprensivos que, como la flor en la planta, coronan á la vez el pasado y envuelven el porvenir, á una postulación que apenas es tregua y de ningún modo reposo, á una transacción miserable que no es la armonía de la libertad, á una indiferencia que no es quietud, á una enervación mil veces peor que la muerte.

Este es asimismo el fundamento de las esperanzas que pueden abrigar los espíritus bien sentidos respecto del movimiento progresivo de la bella literatura. ¡Cuántos antagonismos, cuántos desconciertos forman aun, sin embargo, el cuadro de esa vida raquítica en que se agita impotente con las grotescas contorsiones de un liviano histrionismo! Si fijamos en él los ojos, vemos la poesía abandonada á pobres adulaciones del oído, supliendo con una forma ampulosa la virilidad del pensamiento que no la anima, vistiéndola con sus hinchazones de vacío, ó entreteniéndose en cultas puerilidades académicas, ó bebiendo su inspiración en las rastrosas vulgaridades de la plaza pública; la novela, mintiendo á su sabor la historia en sus relatos, la filosofía en sus declamaciones y la realidad en su *realismo*: pretendiendo convertirse en profecía sibilina ó en maestra de política y de moral, ó en repugnante espejo de crímenes y miserias; la elocuencia, gimiendo en la servidumbre de intereses egoístas, sin más idea que el mérito propio, sin más sentimiento que la vanidad, sin más aspiración que la novedad y el aplauso del instan-

te: tomando su pálido resplandor de vida del mezquino reflejo que le presta el despotismo absorbente de nuestra política actual, tan grande que todo lo abarca y tan pequeña que todo lo consume; y sobre todo ese rumor de lamentaciones, y sobre toda esa tempestad de alaridos, y sobre todo ese caos donde la agonía de lo pasado lucha y se revuelve con la elaboración de lo futuro, dos ó tres espíritus generosos, acalorados por una inspiración verdadera, pero cuyos acentos, apenas atendidos, si logran interesar cariñosamente á los corazones que no ha emponzoñado la viciada atmósfera en que respiramos todos, no pueden romper sino con lentitud extrema las vallas de nuestra cultura: se adelantan á su tiempo, y por lo mismo que nacen fuera de sazón, son frutos preciosos é inestimables.

¡Qué espectáculo tan propio para causar el desaliento de tantos como sin parar mientes en la verdad entra de las cosas, sienten enardecerse su alma con nobles ilusiones! ¡Qué crisis tan laboriosa y turbulenta ésta en que apunta el germen de otra edad, de otras ideas, de otras formas! ¡Qué mucho si al ver ante sus ojos este sombrío cuadro de quejas y de esperanzas, al hallar borrados con esa infinita variedad de detalles, con esa exuberancia de pormenor, á un tiempo salud y gangrena del presente, las líneas generales de la historia, al desorientarse sobre la eterna cuestión de lo porvenir, más grande y más terrible cuanto más de cerca tocamos á ella, haya quien vuelva el rostro á los recuerdos, niegue el progreso ó lo desconozca, y pretenda encadenar el genio al servilismo de la imitación y contener la savia del espíritu en los moldes de antiguos ideales!

Disculpemos ese culto de lo pasado, que es sin embargo el menos fecundo de los cultos. Pero disculpar no es aprobar ni aplaudir. Si este desconcierto, natural en épocas de transición como la nuestra, puede explicar el sentimental desden con que se mira el día de hoy bajo el criterio vulgar del sentido común, la razón no autorizará nunca que se sustituyan las declamaciones á la verdad y que solo se tenga en cuenta para juzgar un período histórico, el elemento de exclusión y muerte que necesariamente encierra, prescindiendo de la afirmación que también necesariamente inaugura.

Todavía resuenan en los oídos de la generación actual los lamentos de aquellos hombres frívolos que soñaban con romper la perpetua continuidad del tiempo, proscribiendo la Edad Media, su literatura y sus artes, y que ignorando que el Renacimiento había venido para cooperar providencialmente al desarrollo de la idea contenida en aquella misma literatura, imaginaron encontrar en la evolución neo-clásica, el nuevo Lázaro de una eternidad imposible, surgiendo del sepulcro de la barbarie á los conjuros mágicos de la civilización. Y con todo, esos lamentos ya nadie los escucha; de esos sueños ya nadie se cuida; á esos milagros ya nadie les da crédito, esa escuela ha muerto para siempre.

Calientes, empero, están aun sus cenizas, y este calor inspira un galvanizado aliento á escritores atareados con grave seriedad en arrancar de su corazón el sentimiento natural espontáneo, de su razón la verdad y nobleza del arte, y de su fantasía la imagen viva de la realidad que palpita, para incrustar en su espíritu los afectos del mundo pagano, la convención y servidumbre de la inteligencia, y la pálida sombra de aquellas remotas edades. Semejantes, como ha dicho un novelista, á esos pobres aldeanos que salmodian oraciones en latín, cuyo sentido desconocen, piensan renovar el mundo, y lo envejecen; ofrecer el acabado trasunto de una civilización, y la falsifican; dar vida á la historia, y la disecan.

Maravilla insigne es que algunas de esas tentativas hallen aun favor entre nosotros, merced á la escasa educación artística de algunos, que tomando por insigne originalidad una insípida extravagancia, las califican, no sin reprehensible ligereza, de *verdaderos acontecimientos literarios*. ¡Ojalá lo fuesen realmente! Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos, como diría don Quijote, en que la aparición de una mala tragedia de gabinete (por ejemplo) constituya un verdadero acontecimiento!

Más hay cierto progreso en esta última fase del neo-clasicismo; pues mientras sus manos trémulas han dejado caer la dirección de las fuerzas vivas del arte, reduciéndose su culto á la adoración misteriosa y secreta de unos pocos, huye también generalmente de imponer su forma á las ideas modernas, y se limita á escudriñar la historia en busca de antiguos asuntos que penetrar de su espíritu y vestir con las galas de su eterno museo de arqueología.

No siempre, con todo, estas historias arraigan en la historia verdadera, ni la arqueología de estos literatos de academia y salón, se parece en muchas ocasiones á la ciencia que honrosamente lleva este título. Si en el orden estético la idea no infunde su energía interior en tales obras, porque no es una idea artística, sino una concepción política, religiosa, etc., prosáicamente didáctica, que les da cierto color de fábulas morales; y la acción no está presentada como el despliegue de cierta unidad íntima, sino ajustada ritualmente á las prescripciones formalistas de hace diez y nueve siglos, ó bien constituye un tejido, sin plan ni objeto, de cuadros cuya alta pretensión plástica recuerda el gran

final del famoso *Cerco de Viena*; y los caracteres son por lo común desdichadamente pobres, porque el autor no puede desprenderse por completo de las influencias contemporáneas en cuyo seno vive, y de aquí esa doble falta de color histórico y de sentido actual, que da á sus personajes una vaguedad monótona y fastidiosa; y el estilo, en fin, solo muestra á la mezcla insoportable de frialdad é hinchazón, á la cual se añade, como parodia de la encantadora sencillez del arte griego, una ridícula vulgaridad y un inagotable prosaísmo; bajo el concepto de la erudición, la historia no está entendida en virtud de un pensamiento prolijamente madurado sobre ella, sino aprendida por fórmula para satisfacer las exigencias perentorias de la ocasión; el tinte local es falso; los detalles apócrifos; las relaciones, inventadas; el cuadro entero de la vida, supuesto.

Pero abandonando ya esas novelas, esos poemas, esas tragedias y esos cantos á la complaciente admiración de sus autores y amigos, y recordando ahora las primeras consideraciones arriba espuestas, vengamos al otro término de la cuestión que nos ocupa.

Puesto que la reacción toca á su fin y en el mundo de la literatura viva nadie se inspira ya de sus pompas fúnebres, ¿á qué idea ha cedido? ¿Ha descendido de su trono pacífica y reposadamente, como el sol del horizonte, ó ha sucumbido después de una de esas luchas encarnizadas que levantan, dijimos, el absurdo de hoy sobre el absurdo de ayer? Hémos aquí conducidos á esta segunda consideración.

Por desgracia, nuestra respuesta no puede ser tan satisfactoria como desearían los que llevados de un optimismo inconveniente olvidan la eterna lucha, propia de nuestra existencia.

La idea á que se vió obligado á ceder el neoclasicismo fue la idea romántica, que en su natural desenvolvimiento debía infundirse más plenamente en la vida, y que comprimida tanto tiempo en las entrañas del mundo artístico por la reacción que dirigía la soñolienta escuela traspirenaica, debía estallar como un volcán, rompiendo y pulverizando el frágil obstáculo de un molde impotente ya para contenerla. Sobre las ruinas de la belleza pagana, había nacido otra nueva belleza, la belleza romántica, expresión de un inmenso progreso en la humanidad, principalmente señalado por la aparición del Cristianismo y la desaparición de las antiguas nacionalidades. Esclavizada al principio en las cadenas de la forma, que solo la gracia de su íntima vitalidad parecía rejuvenecer; luchando más tarde y rebelándose contra ella, sin reparar en el escaso dominio que sus medios técnicos de entonces le ofrecían; venciéndola después con no acostumbrada libertad y grandeza, para fundar últimamente su mútuo y perpetuo acuerdo en las sublimes creaciones de espíritus harto sanos para inficionarse con el contagio de la resurrección que ha profanado los venerados restos de la antigua fantasía, dejándolos insepultos y espuestos á la sacrilega voracidad de los copistas y plagiarios, la nueva idea no ha roto su tradición, y marcha siempre, al través de las contrariedades que asaltan á todas las ideas y se interponen en todos los caminos.

¿Es, sin embargo, esta la manera con que el neoromanticismo, principalmente iniciado en Francia (eterna patria de las reacciones y de las revoluciones) como una protesta de los sentimientos modernos contra la anterior manifestación, ha concebido la literatura y llevado á cabo sus obras? Nada menos que eso. Precisamente la idea de progreso real es la que más falta en casi todas esas obras. Ni por su ideal (si este nombre merecen concepciones huecas y deplorablemente falsas) ni por su mérito artístico, pueden considerarse esas producciones como superiores á los grandes monumentos de los siglos medios, á los de nuestros siglos XVI y XVII, á los que otros países de Europa han levantado en época más reciente. Por ninguno de los dos elementos que avaloran la obra individual del poeta y la distinguen de la obra colectiva de su tiempo, encarnándola al par profundamente en ésta, revelan el más leve progreso. Solo tomándolas en conjunto, completándolas unas con otras, mirándolas como frutos de rebelión y como crítica, señalan un adelanto que sus mismos autores ignoran; solo entendiéndolos sus alaridos como gritos de guerra, podrán tolerarse cerrando los ojos sobre su ingrata desarmonía.

Ahora bien, ¿están ya en su lugar esas rebeliones y esos alaridos? Ora contemplemos ese fisiologismo que con tanta gloria como talento ha representado una mujer ilustre, apoteosis de la pasión, anacronismo estúpido en tiempos que se aplican con atención preferente á educar en la moralidad del bien al individuo y á construir el mundo social y aun las relaciones políticas sobre la firme base de un más riguroso derecho; ora ese naturalismo realista, eterna calumnia de la realidad y de la naturaleza, impropia del sentido humano de una filosofía que pone su orgullo en mostrar la conformidad íntima del mundo con el pensamiento de Dios, y que sintiendo latir la verdad esencial de las cosas bajo la mezquina corteza del accidente, hace de esa corteza diáfano cristal que ilumina el verbo eterno de la idea; ora ese individualismo grosero, para el cual es tanto más grande el hombre cuanto menos espíritu desenvuelve y más se absorbe en una vulgaridad estrecha é insignificante; ora esa idolatría de la expresión

que, en odio al antiguo formulario de asuntos prescrito al artista y poniendo el secreto de la belleza en la ejecución y el estilo, todo lo envuelve en su nivelador desden, y concede interés igual á Dios y al bruto, á la caída fatal de la piedra y á la mas alta manifestación de la libertad humana; ora, en fin, esa intentada resurrección de asuntos de la edad media, arrojados al palenque del arte contra la resurrección de asuntos clásicos; esa teoría de la incorrección y el desaliño,—holgazanería del pensamiento,—lanzada como un reto á las atildadas composturas de la escuela rival agonizante; esa negación de todo principio absoluto en la hermosura, escepticismo frívolo é impertinente, levantado contra la rigidez dogmática de los vencidos que á todas horas clamaba:—«¡fuera de la iglesia pagana, *nulla est redemptio!*» aunque sinteticemos todas esas aberraciones en la unidad de su locura y su delirio: ¿qué herencia dejamos á la generación de mañana? A esa generación que se agolpa ya alrededor nuestro y llama impaciente á nuestras puertas: ¿qué le responderemos, cuando fatigada de escudriñar inútilmente la historia literaria de esta época abra nuestros sepulcros y nos pregunte por el ideal de nuestros días?

FRANCISCO GINER.

ARMAS OFENSIVAS Y DEFENSIVAS

DE LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES.

I.

Todos los escritores griegos y romanos, á quienes no es fácil tildar de parciales, encarecen las grandes cualidades de los españoles para la vida militar y de aventura.

Polibio alaba su constancia y fortaleza; Estrabon su valentía y actividad; Justino les califica de generosos y enérgicos, gracias á la frugalidad con que vivían sin abusar de placeres y placeres. Algunos pueblos ni siquiera tenían idea de diversion, burlándose de los jefes romanos cuando les veían pasear por su campamento.

Habitados á grandes privaciones, llevaban el trabajo con entereza, militaban con arrojo, y morían alegres por la patria y por la gloria.

Las madres recordaban á sus hijos desde la cuna el esfuerzo de sus mayores. Sobre la tumba del guerrero, poníanse tantos obeliscos cuantas habían sido sus víctimas en los campos de batalla.

Ciceron dice eran terror de los romanos. En la guerra con estos hubo valiente que, obligado á rendir las armas, prefirió la muerte á pasar por tal ignominia. En la toma de Numancia no se hizo un solo prisionero, ni se cogió una arma, pues todo lo quemaron consigo los sitiados.

También las mujeres distinguíanse por su valor marcial, soliendo terciar en los combates ó seguir á la hueste en sus escursiones. Algunas de ellas, cogidas por Bruto entre los guerreros celtiberos, se dejaron degollar sin que exhalasen el menor quejido.

Siendo tan belicosos los españoles, ya se comprende que usarian gran variedad de armas.

Algunas de las ofensivas, por su escelencia, merecieron privar entre los orgullosos conquistadores del mundo.

La primera y mas célebre de ellas, fue su espada, cortita, de tajo y punta á doble filo, notable por su fácil manejo y temple exquisito. Llevábase regularmente ceñida al lado izquierdo, pudiendo esgrimirse á una y dos manos. Conocióse ya muy antes de la invasión fenicia, pero en esta época, habiendo adelantado el arte de forjar y templar el hierro, adquirió gran perfección.—Para el temple reunían varias propiedades las aguas de ciertos rios, como el Chalybes ó Bilbei de Galicia, el Jalon y el Quellas de Aragon, y el Tajo de Castilla; así es que Toledo, ya algunos años antes de Jesucristo, se granjeó en la fábrica de armas una reputación que debía irse acrecentando de siglo en siglo.

Varietades de la espada eran la *rhamba*, según Polibio usada en Cartagena bajo Scipion; la *ensis falcata*, especie de hoz con el corte por dentro, de tiempo de Augusto; otras muy cortas, á manera de dagas, que se llevaban al lado derecho, y un puñal corvo y rayado, particular de los celtiberos, que Marcial cita y describe.

Los antiguos, no sabiendo explotar el hierro, solían hacer armas de cobre. Sin duda por tradición de esta usanza, en Lusitania, cuando la guerra del imperio, llevábanse aun lanzas con puntas de este metal.

La *lanza* era arma esencialmente española, llamada tal vez así de los pueblos de Lancia, que había en Asturias y en el país de los vetones.—A la misma clase pertenecían el *geso*, semi-pica de hierro, *hamata* por la parte inferior, esto es, formando puntas encontradas á manera de corchetes, y el *consus*, que era un lanzon esclusivo de la caballería. Contra las embestidas de ésta servían de reparo el *bidente* y el *tridente*, llamados *trudes* por San Isidoro, largas picas con el hierro hecho en forma de media luna, y la *sudes*, pica ó asta con punta del mismo palo tostada al fuego, la cual servía

para formar estacadas y para ejercicios militares, siendo una arma rústica propia de los baleares.

Sabida es la destreza de estos en la *honda*, que tomaron, según parece, de los fenicios. Según Diodoro solían llevar tres en los combates, una en la mano, otra ceñida á la cabeza, y la tercera rodeada á la cintura. Hacíanlas de *melancrena* ó esparto, de pelo ó cerdas entretejidas, y también de nervios; unas eran largas, para tiros muy distantes, llamadas *macrocolon*, y otras mas cortas, dichas *brachicolon*, con las cuales disparaban piedras de á lib'a y bolas de hierro (*glan-des*). En las batallas de Trebia y Canas contribuyeron mucho á la victoria como auxiliares de Anibal, y mas adelante sirvieron también en las huestes de César. El uso de la honda, terrible á la sazón, no era desconocido de los demás españoles, pues consta por Aulo Hirco, que los vecinos de Ategua (cerca de Córdoba), se defendieron heroicamente con ella, y de consiguiente sería comun á los demás andaluces, no menos que á los celtiberos, vecinos de los baleares.

Seguían á dichas armas otras inferiores de la clase de dardos, venablos y demás arrojadas: el *pilum* romano, de hierro largo y sutil; la *solijerrea*, de una pieza, también con garfios ó corchetes, llamada *saunon* por Diodoro Sículo; la *matara*, tomada de los galos; el *verutum*, dardo pequeño y ligero semejante al *pilum*, con punta de asador (*veru*), adoptado quizá de los fenicios por los cántabros y los baleares, y luego tan favorito de los romanos, que lo estilaban de mucho lujo aun para la caza; el *sparum*, otro venablo corvo, especial de los vetones, y según Festo y Silio Itálico, comun para la caza y la guerra; la *catcia* ó *teutonon*, y el *aclides* de los cántabros, pequeños dardos, el primero de hoja corta y flexible, que también fue estilado entre los galos, y el segundo de origen antiquísimo, de medio codo, de largo rematando en porra, y ambos sujetos á una cuerda que servía para recogerlos luego de disparados; por fin el *hacha* ó *francisca*, introducida por los francos, aunque conocida ya de los pueblos mas antiguos, y favorita de los cántabros, así como todos los dardos menores (Dion Casio y Silio Itálico), llamándose *bipennis* tenía dos cortes ó tajos, y también se arrojaba de lejos.

Propias de la balística eran la *falórica* y *semi falórica*, grandes saetas ustorias de origen griego, llamadas así de las torres de madera (*falos*), desde las cuales se disparaban con ingenios en los sitios; la *trágula*, otra clase de gran dardo hamato y sin combustible, y las *faces* untadas de pez y resina para sembrar confusión en el campo enemigo. (Servio, Livio, Virgilio, etc).

II.

Las armas defensivas eran no menos variadas. Para la cabeza, el *yelmo*, al principio de madera ó pieles, luego de cuero (propiamente la *galca*), y de cobre ú otros metales (llamado *cassis*). Algunos se adornaban con *jubas*, crines ó cabelleras, y con cimera (*cristas*), variadas entre los jefes por gala ó distintivo. Había además un aditamento en el casco, á modo de visera, para proteger el rostro, llamado *buccula*, y las carrilleras ó correas que lo sujetaban por delante de la barba.—Entre los celtiberos, según Diodoro Sículo, llevábanse triples penachos encarnados; y si bien Estrabon señala el mismo adorno á los lusitanos, parece que el casco ordinario de estos últimos era un bonete llamado *mitra*, con el pelo soltado en profusas guedejas.—De los vascones dice Silio Itálico que no tenían para la cabeza defensa alguna, y por el contrario, los vetones cuando siguieron á Anibal hasta Italia, para darse un aspecto mas terrible, cubrían sus morriones con pieles de jabalíes y otras fieras.—Los gallegos, á juzgar por una vistosa armadura que regalaron á dicho jefe, estilaban capacetes con cimera resplandecientes y penachos de blanco plumaje. (Autor citado).

Los antiguos españoles, por vestido ordinario llevaban sayos (*sagos*), y en la guerra cotas de armas ó *lorigas* (*thorax*). La cota era regularmente de lino mas ó menos grosero ó de lana embutida para resistir cuchilladas. Comunes las primeras en Lusitania, fuerónlo á su vez en Grecia, y con posterioridad entre los romanos, que las llevaban muy delgadas, por lujo. En Ede-tania y Ausetania usábanse igualmente finísimas, del rico lienzo procedente de Setabis (Játiva) y de Ansona (Vich), donde las aguas del Suevo y el Subis favorecían muy mucho esta industria. Algunos de los españoles que formaron en Canas como aliados, vestían túnicas de lino realizadas con matices de púrpura (Polib., Tito Livio): las lanas mas delicadas fabricábanse en Galicia, según Plutarco.

En su origen la loriga fue de correa (*corum*) ó de cueros, volteando el talle; mas al perfeccionarse la elaboración de metales, introdujéronse lorigas de escama (*squamatas*), de anillos (*hamatas*), de nudos y cadenilla doble ó triple, etc. A esta última clase, realizada con nudos de oro, pertenecía la cota que los gallegos, entre varias piezas, regalaron al caudillo cartaginés. Había asimismo armaduras de plancha en dos piezas que se ajustaban al cuerpo, y unos medios coseletes ó *pectorales* hechos de simples flejes de hierro.

Para brazos y piernas conocían también los españoles ciertas defensas, conforme aparece de unos objetos

arqueológicos hallados en Tarragona y conservados en su museo. Son dos lacrimatorios de barro, que según costumbre romana, se ponían en los sepulcros, figurando en relieve y de buen dibujo unos guerreros celtiberos que á mas del casco tejido de nervios y de un ligero tonelete sobre el sayo, llevan el antebrazo protegido por diferentes piezas circulares dichas *armillas*, y las piernas por unas hojas metálicas que cogían desde la rodilla al empeine, conocidas con el nombre de *sibialia*. El pie solían cubrirlo con botines (*ocreas*) de cuero, ó tejidos de nervios y crines, y también de cobre. En los pueblos de Asia los llevaban desde tiempo muy lejano: entre los celtiberos hacíanse de cerda bien trabada, aunque flexible (Diod. Sículo). Este calzado, sin embargo, era privativo de la infantería, pues los ginetes no llevaban ninguno, sin duda para conservar mas libre la acción del pie y sostenerse mejor á caballo, siendo cosa sabida que los antiguos montaban en pelo sin aparejos, ó todo lo mas con una ligera mantilla al estilo romano.

Otra arma defensiva, tan general como variada en España, era el escudo. En la Ulterior predominaban la *cetra* y la *pelta*, mientras en la Citerior se estiló el gran broquel galo, y en tiempo de César el escudo de los romanos.

La *cetra*, de procedencia oriental, formaba dos puntas, á guisa de media luna ó semicírculo. Era peculiar de los gallegos y cántabros, que solían grabar en ella signos y geroglíficos.

La *pelta*, comun á los lusitanos, era pequeña, redonda, cóncava por defuera, á veces tejida de nervios y forrada de pieles ó cueros. Suspendíase al cuello por medio de correas y podía manejarse con gran soltura (César, Servio, Diod. Sículo).

El *broquel galo*, era muy prolongado, del alto de un hombre, algo cóncavo, hecho de madera con forro de pieles.

El *escudo romano*, de cobre ú otro metal, ovalado ó en forma de teja, con orlas, clavazon y divisas.

A mas de los dichos, usábanse indistintamente:

El *clipeo*, grande y orbicular.

La *parma*, breve y esférica, ó mayor, de cuero, semejante al clipeo.

El *cirtion*, hecho por estilo de la parma y oriundo de la Galia.

La *cetra* romana, algo diversa de la española.

Otra *cetra* muy grande, del periodo cartaginés, la cual tenía en su centro punta saliente ó *umbo*.

Una *pelta* azaz comun, á modo de rodela, de cuero y pieles, también con *umbo*.

Otra que se ve en las indicadas figuras del museo de Tarragona en figura de canal, terminando con un remate graciosamente arrollado hácia adentro.

Por fin el *aspis*, variante de la *pelta*, y la *gera*, tosco resguardo de mimbres y pieles, que fue característico de los antiguos persas.

Es verosímil que los españoles conociesen asimismo bocinas y trompetas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, cuando consta que iban á la pelea entonando himnos religiosos, y entre ellos el titulado *pæan*, en honor de Apolo. La danza gallega de espadas no es sino un recuerdo de la marcha cadenciosa con que sus antiguas haces avanzaban contra el enemigo, batiendo el suelo al compás de sus *cetras* (Diod. Sículo, Sil. Itálico). Por Apiano consta usaban trompetas los numantinos; pues en una salida hecha sin tocarlas, ó á la sordina, sorprendieron al ejército sitiador. Según Diod. Sículo habíalas entre los galos, por cierto de son estridente y fragoroso.

Tampoco cabe duda que estilaban desiguales y variadas enseñas, banderas, pendones (*vexilla*) siquiera para distinguirse unos de otros (Silio Itálico).

J. PUIGGARL.

LAS CACERIAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

LA SERPIENTE.

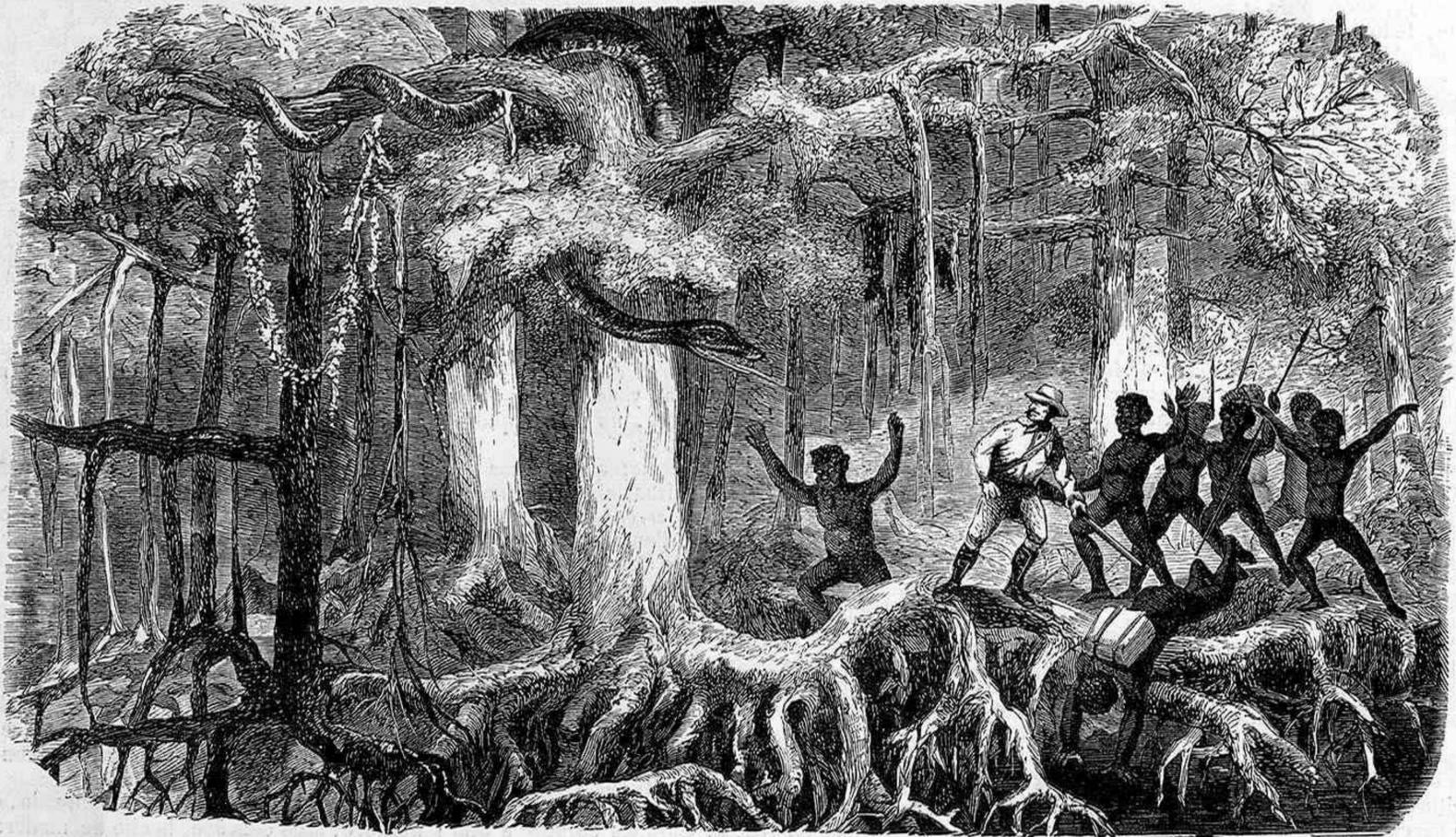
El osado é infatigable viajero que nos suministra los datos para esta serie de artículos, continuaba su vida de aventuras entre la multitud de pueblos ignorantes y sencillos del Africa ecuatorial.

En todos ellos encontraba el mismo afecto, igual respeto, idéntica hospitalidad.

Esto no impide, sin embargo, el que en mas de una ocasión se viera en circunstancias difíciles y apuradas, hijas del carácter ávido, astuto y docto á la rapiña de toda la raza negra.

Pero Chaillu olvidaba fácilmente estos disgustos, así como el cansancio y los peligros de sus reiteradas correrías, con tal de que el país, abundase en caza. Esta era su pasión favorita; el objeto especial de todos sus desvelos; el norte que le hacia atravesar bosques vírgenes, trepar montañas áridas y escabrosas, vadear rios caudalosos y aventurarse en pantanos interminables.

Nuestro viajero, al mismo tiempo que estaba satisfecho, de la multitud de aves, animales y fieras de todas clases que abundan en aquellas comarcas, y que dia-



LAS CACERÍAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.—LA SERPIENTE.

riamente eran víctima de su arrojó y de su destreza, admiraba la perfecta imbecilidad de aquellos pueblos.

No comprendía que consistiendo la caza en uno de los principales medios de subsistencia de muchos de ellos, jamás se les hubiera ocurrido inventar ningún ardid para proveerse de caza, sin tener que recurrir al riesgo individual de la lucha con las fieras.

En efecto: todo lo que la imaginación de aquellas pobres gentes había discurrido hasta entonces y hasta el día, se reducía á la invención de los lazos contra los leopardos y de las asechanzas contra el elefante, cosas ambas que ya quedan descritas en los artículos anteriores.

Para que los pobres negros hubieren hecho esos dos verdaderos prodigios de invención, había sido preciso que los impulsasen la codicia y el miedo, dos instintos de los más fuertes en el corazón del hombre.

El afán de poseer un par de magníficos colmillos de

elefante, y la necesidad de atender á su seguridad personal contra los traidores é irresistibles ataques de una fiera, que como el leopardo, mata por el placer de matar, eran las únicas cosas que les habían obligado á discurrir un poco.

Pablo Chaillu, aunque ardiente y apasionado cazador, estaba ya cansado de aquellas luchas diarias, en las que arriesgaba su vida por el solo placer de hacerlo, sin más recompensa que el aplauso de los negros, pobres tiradores, que le creían una especie de Dios cuando le veían derribar de un tiro algún pajarillo posado en la cima de un árbol ó que pasaba tranquilamente á treinta pies de altura por encima de su cabeza.

Una noche, hallándose en el territorio de los mbenchos, oyó decir á su rey Wanga, que el pueblo que habitaba en Yungulapay, era un gran pueblo, puesto que viviendo de los productos de la caza, había descu-

bierto el medio de conquistar con un día de trabajo los alimentos necesarios para un mes.

Chaillu escuchó atentamente las palabras del rey Wanga y le pidió explicaciones; pero aquel no supo ó no quiso decirle más, sino que los hombres de Yungulapay hacían una cacería que llamaban *as-higa*.

Chaillu manifestó inmediatamente el deseo de trasladarse á aquellos lugares, pero Wanga y todos sus altos funcionarios trataron de disuadirle de semejante intento, manifestándole que de insistir en su resolución, se espondría á perder la vida.

No era éste el medio más seguro de convencer al osado Chaillu, pero el terror que los negros habían manifestado al oírle decir que marcharía á Yungulapay era tan verdadero, tan profundo, que deseó saber la causa de él.

Entonces le dijo Wanga, que para llegar á Yungulapay tendría que cruzar forzosamente por medio de un dilatado y peligroso pantano, cosa sin embargo, que no debía detener á ningún hombre esforzado; pero que el tal pantano era propiedad exclusiva de una gran serpiente negra, en la cual residía el *mbuiri* (espíritu) de un leopardo, tan celoso de sus derechos, que jamás había cruzado el pan-

tano una caravana sin pagar con la vida de alguno ó de algunos hombres su atrevimiento.

La serpiente era positivamente, de cuantos seres pueblan los bosques, el que más respetaba Chaillu; no tanto por el miedo, cuanto por la repugnancia que le inspiraba: más sin embargo, decidió tentar la aventura.

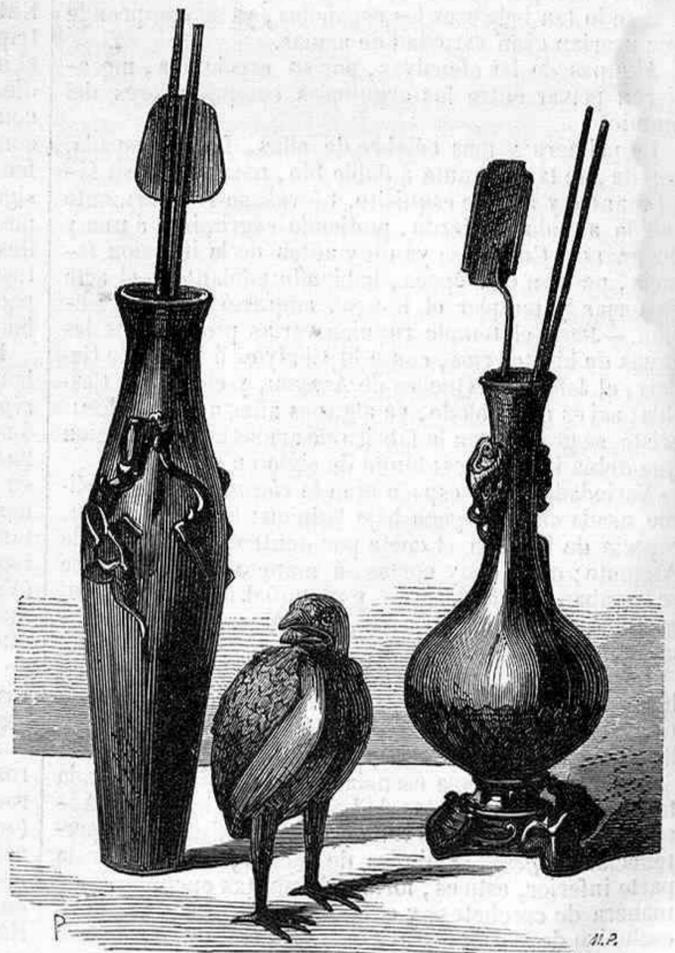
El rey Wanga le facilitó una escolta, cuya mala voluntad venció Chaillu, ofreciendo darle una doble cantidad de abalorios.

La codicia es el aguijón más eficaz para aquellas gentes: Chaillu, que lo sabía, no dudó ni un momento, que todos sus hombres pasarían por encima de la serpiente hasta recibir del *hombre blanco* la tela, el tabaco y los abalorios, que constituían su salario; y tal vez, si Chaillu quedaba satisfecho de ellos, un buen trago de delicioso rom.

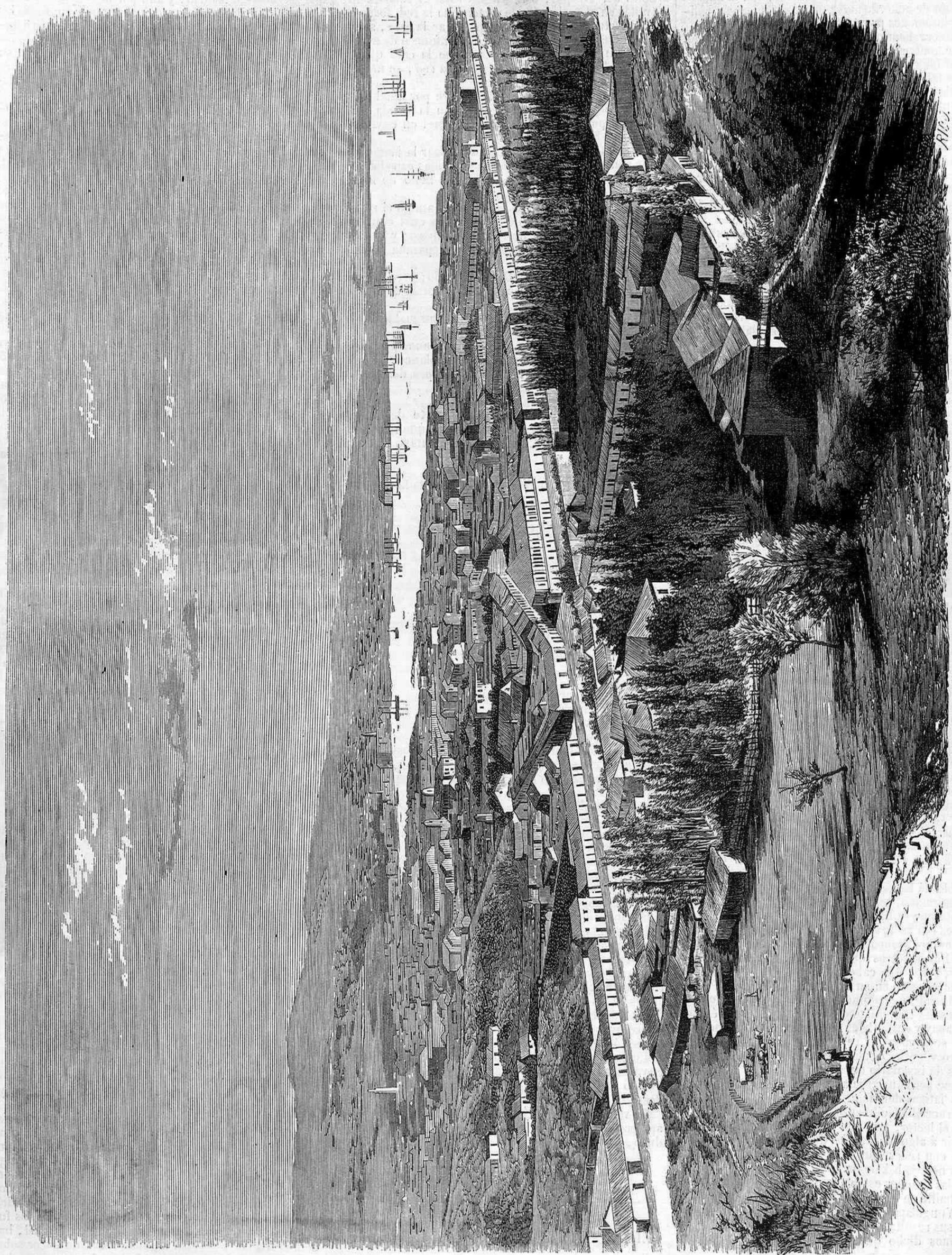
Púsose, pues, en marcha la caravana y como al diri-



MUSEO ETHNOGRÁFICO DE MADRID.—BRONCES DEL JAPON.—(DE FOTOGRAFIA).



MUSEO ETHNOGRÁFICO DE MADRID.—BRONCES DEL JAPON.—(DE FOTOGRAFIA).



ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.—VISTA GENERAL DE VALPARAISO TOMADA DESDE EL CAMINO DE SANTIAGO.—CHILE.—(CROQUIS DE CASTRO.)

girse á Yungulapay se aproximaban á la costa, Chaillu decidió llevar consigo todos sus voluminosos bagajes.

Como el fin de aquella escursión se aproximaba, la mayor parte de aquellos bagajes consistía en aves disecadas y animales empajados, que Chaillu destinaba á la Academia de Ciencias de Filadelfia, con la cual se habia puesto de acuerdo antes de emprender sus peligrosas exploraciones por Africa.

Al oscurecer llegaron á un pueblo llamado Ezongo, guarida de gentecilla ruin y codiciosa, pero cuyos habitantes le hicieron la mas entusiasta acogida, imaginando que tan voluminoso bagaje contenía los mas raros y preciosos artículos de comercio.

Aquel entusiasmo se enfrió tan luego como supieron lo que contenía aquella serie de bultos; y el rey, aconsejado por sus ministros y por el disgusto que le causaba el engaño sufrido, imaginó el medio de vengarse, sacando de Chaillu todo el provecho posible.

Ese medio era sencillísimo: consistía en noticiar al hombre blanco, que S. M. el rey de Ezongo, no consentiría que aquel bagaje saliese de sus dominios hasta que se le hubiese abonado por él un fuerte rescate.

Acostumbrado Chaillu á encontrar á los negros siempre sumisos y respetuosos, indignóse de la pretension del rey de Ezongo, que cedía á la presion de sus sordidos vasallos: y declaró que estaba dispuesto á oponerse con la fuerza á semejante determinación.

Una gran parte de la noche se pasó en negociaciones; pero los negros estaban decididos á arrostrar las consecuencias que podían resultar si estallaba una palabra.

Así es como designan una reyerta ó una colisión.

Los mbenchos que acompañaban á Chaillu y que hicieron el papel de embajadores, consiguieron al fin que el soberano de Ezongo se trasladase á la cabaña donde se habia retirado Chaillu.

Chaillu, viendo al monarca en su presencia, recurrió á los grandes medios; es decir, se decidió á hacer un gran sacrificio, para deslumbrar al rapaz soberano.

Abrió, pues, uno de sus cofres, y fue sacando de él, lenta y traídonamente: un paletó... sin codos, ausente ya su primitivo color; un pantalon que algun tiempo debió tener rodillas, y que daba paso al aire por mas de un giron, y una camisa vieja y sucia, cuya cuarta parte se habia quedado entre las zarzas y malezas del Africa.

Chaillu, dirigiéndose luego al rey, le declaró secamente que era pobre, muy pobre, tanto que le era imposible pagar el rescate que se le exigía; pero que sino se hallaba con medios para satisfacer á todos los moradores de Ezongo, podía aun obsequiar regiamente al monarca.

A estas palabras añadió un trago de rom; y el soberano empezó á vacilar.

Chaillu le hizo ponerse la camisa, el pantalon y la levita de que hemos hablado, con lo cual estaba ya el rey negro casi humano.

Chaillu, sin embargo, decidió darle el golpe de gracia.

Sacó, pues, un espejito y lo colocó delante de S. M.

Los labios de S. M. se crisparon, dejó ver dos hileras de blanquíssimos dientes, una sonrisa de júbilo contrajo su semblante y una homérica carcajada hizo temblar su robusto cuerpo.

S. M. y Chaillu, eran ya amigos íntimos.

El monarca se lanzó á la calle, convocó solemnemente á sus súbditos, y cuando estuvieron reunidos se presentó á ellos ataviado con la esplendidez que sabemos.

El pueblo de Ezongo quedó fascinado, y para expresar su admiración, se prosternó ante su rey, creyendo firmemente que se habia convertido en un Dios.

S. M. les dió las gracias en estos términos:

—El hombre blanco es el hombre del rey de Ezongo. Aquel de vosotros que falte al respeto al hombre de su rey, perderá la cabeza!

Esto dicho entró en su real cabaña.

La multitud se diseminó convencida y silenciosa.

Chaillu salió tranquilamente de Ezongo, dirigiéndose á Yungulapay y envió delante dos negros encargados de anunciar su llegada: el rey Mapay, antiguo conocido de nuestro viajero, le salió al encuentro lleno de júbilo, y despues de instalarlo en su mejor palacio-cabaña, le suplicó que permaneciese allí algunos dias, descansando de las fatigas del viaje.

Chaillu accedió fácilmente á sus deseos, pues ya debe recordar el lector, que su visita no tenia otro objeto que asistir á algunas cacerías de las que llaman *ashiga*, ó cacería con redes, que es el medio mas generalizado entre los negros bakaleses.

Tres dias despues estaba organizada una gran cacería; y Chaillu se convenció de que sus amigos, los negros de Yungulapay, la consideran como una diversion útil por sus resultados.

Ya hemos dicho que el *ashiga* significa cazar con redes.

Cada aldea posee diez ó doce redes, de 60 á 80 pies de longitud y de 5 de altura.

Cuando se trata de hacer una gran cacería, convócanse al efecto las gentes de todos los pueblos inmediatos, y cada rey acude con sus hombres y sus redes.

Las redes están hechas con hebras de brazos de ana-

nas y de otros árboles parecidos. Con esos nervios, que son muy duros y elásticos, elaboran gruesas cuerdas.

Estas redes se colocan formando un vasto semicírculo, que á veces abarca mas de una milla de estension.

Los negros las colocan atándolas sólidamente á los árboles del bosque, ó á gruesas estacas sólidamente clavadas en el suelo: donde se termina la red, formando la abertura por donde debe penetrar la caza, se sitúan en dos alas muy abiertas cierto número de negros que tienen la mision de impedir que la caza que los ojeadores levantan y empujan hácia la red, se marche por los lados.

La caza que se coge no se distribuye por igual entre todos los pueblos que toman parte en la batida, sino que corresponde exclusivamente á aquel en cuyas redes ha quedado sujeta.

Cuando Chaillu se hubo hecho explicar la manera de cazar con redes, comprendió que aquellas expediciones debían ser muy divertidas, y esperó lleno de impaciencia el dia designado.

La noche anterior fué á visitarle su amigo el rey de Alapay; Chaillu le convidó á cenar, lo cual equivalía para S. M. á un regalo de rom y de tabaco; y durante la cena, hablaron de la expedición preparada para el dia siguiente.

S. M. estaba visiblemente preocupado; pero Chaillu, por mas que hizo no pudo adivinar la causa de aquella inquietud.

Finalmente, el rom desplegó los augustos labios de S. M.

—*Mbui* (espíritu), le dijo: ¿tiene buenos pies, buena cabeza y fuerte corazón el hombre blanco?

—El hombre blanco marchará siempre delante del hombre negro.

S. M. se sonrió en sentido dubitativo.

—Escúchame, *mbui* dijo: una parte del bosque está separada del resto por un pantano que tiene muchas leguas de largo. La anchura del pantano es de un cuarto de legua.

—¿Y bien?

—La caza es muy abundante al otro lado del pantano.

—Iremos allá.

—Habrá que pasar el puente.

—Lo pasaremos.

—Muchas veces, dijo el rey vacilando, se encuentra una culebra á la entrada del puente.

—¿Qué importa eso?

—Es una serpiente.

—Mataremos la serpiente.

—Es grande... muy grande... cuando abre la boca, todos los hombres huyen...

—Todos.

—Menos uno.

—¿Cuál?

—El que la serpiente alcanza...

—¿Y ese hombre?

—No vuelve mas.

Reinó un espacio de silencio.

—¿Cuántos hombres han perecido ya al pasar el puente? preguntó Chaillu.

El rey empezó á contar por los dedos: despues se detuvo y dijo:

—¡Muchos!

—Bien, contestó Chaillu: libremos al pais de ese monstruoso reptil.

El rey y el hombre blanco se separaron sin hablar mas del particular.

El dia siguiente, cuando apenas rayaba el alba, salió Chaillu de Yungulapay, en compañía del rey Alapay y de una docena de negros importantes. Los demás marchaban delante con objeto de tener colocadas las redes cuando el *mbui* llegase al punto designado para empezar los ojeos.

El terreno era quebrado y estaba cubierto de una espléndida y variada vegetación, alimentada por multitud de riachuelos y manantiales, que reuniendo sus aguas en un solo cauce, corría por entre la arboleda y faltándole bruscamente el suelo, cortado á pico, formaban una magestuosa cascada, cuya contemplación absorbió largo rato las miradas de Chaillu.

Luego que hubieron descendido la vertiente, desde cuyo borde se precipitan las aguas, el terreno, perdiendo todos sus accidentes y todos sus pliegues, se desarrollaba en una vasta llanura.

La vegetación decae igualmente, y poco á poco desaparece del todo, dejando descubierto un suelo igual, duro, pedregoso y estéril.

(Se continuará.)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

EL MUSEO ETHNOGRAFICO DE MADRID.

Diversas veces han hablado los periódicos de la posibilidad inmediata de tener Museos en España, y de las reformas que necesitarían los pocos hasta hoy existentes para elevarlos en consideración, mérito y riqueza, para ponerlos al nivel de los que mas ó menos pronto deberán crearse especialmente á la altura que reclaman

la dignidad de la nación y los múltiples intereses de las ciencias. Trátase, si bien sumamente despacio (con indiferencia), de la creación de un gran edificio que deberá contener la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional de Pinturas y el Museo de Antigüedades, por lo que se refiere á Madrid, y aun por lo que podrá tener relación con los museos provinciales que en todas las capitales deberán establecerse, dependiendo directamente del gobierno, se han ampliado recientemente los estudios de la Escuela de Diplomática para que en su día pueda formarse el debido cuerpo facultativo de *arqueólogos* en consonancia con los ramos ya hoy existentes de *archivólogos* y de *bibliotecarios*.

No ha faltado, sin embargo, alguno de nuestros colegas que admirándose de lo numeroso de ciertas colecciones arqueológicas de que se ha hablado como almacenadas hoy y á disposición del gobierno siempre, para unir las á las antigüedades de la Biblioteca Nacional, de la Academia de la Historia y otras, con todo lo cual se formaría un respetable núcleo para el futuro Museo; no ha faltado, decimos, quien á la par que admiración haya mostrado incredulidad. El MUSEO UNIVERSAL fue uno de los primeros que abogó por el pronto establecimiento del *Museo de Antigüedades en Madrid*, y que ha acogido con confianza la noticia de la existencia de materiales para formarle tan pronto como se disponga de local necesario; y no correspondería ahora con la veracidad de que en todo tiempo tiene dadas pruebas, si no demostrase la verdad de sus asertos. Atendida la índole especial de nuestro periódico, y debiendo dividirse, segun parece, en dos grandes secciones el nuevo *Museo de Antigüedades*, á saber: en *Museo Arqueológico* y en *Museo Ethnográfico*, daremos á conocer desde este número á nuestros lectores, en exactos grabados, los ejemplares mas interesantes que podrían colocarse en uno y otro de ambos museos. Inútil es decir que nos valdremos siempre de monumentos auténticos y ya existentes en Madrid, en los establecimientos ó en manos de las citadas corporaciones, siendo los primeros los magníficos bronce del Japon del *Museo Ethnográfico*, y los ídolos oceánicos del *Museo Arqueológico* de la Biblioteca Nacional.

LOS ELEFANTES DEL CIRCO DE PRICE.

El público de Madrid ha tenido ocasion de ver por sí mismo plenamente confirmadas las narraciones que, acerca de los elefantes encontramos en la historia de los pueblos antiguos. Este animal cuyo nombre va, en efecto, unido á los destinos de muchas y poderosas naciones, ha dado muestras bajo la dirección de Mr. Mofatt, de la gran inteligencia que en todo tiempo se le ha atribuido y de su docilidad y obediencia á los preceptos del domador. ¿Quién al ver estas abultadas moles en la arena del circo, no ha recordado la batalla de Zama, la batalla de Heraclea y tantas otras en que los elefantes decidieron la victoria? ¿Quién no se traslada con la imaginación á los campos de batalla de los antiguos y se figura ver á Zara y Delhi resistiendo el empuje del enemigo?

Es, sin embargo, muy extraño que, mientras que todos los elementos del arte militar entre los antiguos han sido detenidamente estudiados, ya por los autores á ellos contemporáneos, ya por los de nuestros dias, no se haya estudiado nunca el servicio que prestaban los elefantes. La composición de las tropas de los antiguos, las diferentes maneras de formarlas en batalla, sus armas, sus máquinas de guerra, la formación de sus campamentos, todo esto ha sido objeto de investigaciones por parte de los hombres de guerra y de los eruditos: el servicio de los elefantes ha sido el único punto de la táctica antigua que ha dejado de ser estudiado de una manera especial y metódica, siendo esto no menos de extraño cuando se recuerdan los importantes hechos que de estos formidables animales nos ha dejado consignados en sus páginas la historia.

Desde los tiempos de Alejandro hasta los dias de Julio César, es decir, durante los tres siglos de la antigüedad mas fecundos en grandes acontecimientos, apenas hubo una guerra en las naciones que bañaba el Mediterráneo en que los elefantes no ejercieran su gran influencia, ya como medio de conseguir la victoria, ya como causa de reveses.

Lo que daba á este animal una gran importancia, antes del descubrimiento de la pólvora, era la gran dureza de su piel que el historiador Casiodoro calificó con el apropiado epíteto de *osea*. Para atacar á este gigante de los cuadrúpedos tuvieron que inventar los antiguos armas extraordinarias y muchas veces se vieron precisados á batirlos abriéndoles brecha, por decirlo así, con máquinas de guerra. En nuestros dias los fusiles mismos no hacen gran efecto en este animal, habiendo habido necesidad algunas veces de hacer sobre él fuego por pelotones, estrayéndose de su cuerpo, despues de caer en tierra, hasta 80 balas. No hace mucho tiempo que, para cazar dos elefantes que causaban grandes perjuicios en el distrito de Bombay, en la India, hubo necesidad de enviar tropas con un cañon, no habiéndose conseguido matarlos sino despues de mu-

chas descargas de gruesa metralla. Hechos semejantes tenemos casi á nuestra vista y pocos serán los que no hayan oído hablar del elefante que hubo necesidad de matar á cañonazos en Ginebra el año 1820 y del de Venecia con el que tuvo que recurrirse al mismo medio.

Los elefantes de Africa, así como los de Asia, están sujetos á arrebatos de cólera. Los ingleses establecieron en una ocasión, mas allá de Fishriver, un puesto militar dependiente de la colonia del cabo de Buena-Esperanza, el cual, que era conocido con el nombre de Frederiksburg, estaba rodeado solamente de una empalizada. Los elefantes salvajes llegaban á las barracas y mataban á los soldados. Para dejar el puesto al abrigo de estas invasiones se lo rodeó con un foso y un espaldón, sobre el cual se colocó la artillería. Los elefantes volvieron á presentarse y se los rechazó á tiros de cañón; pero no desistieron de sus ataques sino después de haber quedado 15 de ellos en el campo. Esta tendencia del elefante á la destrucción se halla probada y de ella sacaron partido los antiguos para el ataque de posiciones fortificadas. Todos los viajeros que han sido testigos de la furia del elefante, hacen una pintura muy sombría de ella: arranca los árboles, saca de su sitio las piedras, la tierra tiembla bajo sus pies, el aire repite estremecido hasta muy lejos sus gritos, que infunden terror á hombres y animales: no debe, pues, admirarnos que la aparición repentina de estos cuadrúpedos produjera en los ejércitos de la antigüedad la misma impresión que el estruendo y los estragos de la artillería han producido en nuestros días en naciones contra las cuales se empleaba por primera vez esta terrible arma de destrucción.

Un escritor francés, que habla por experiencia propia, pues que tomó parte en las guerras de Oriente en tiempo de los sucesores de Constantino, confiesa que nada había mas terrible que el aspecto de los elefantes cuando se hallaban preparados para el combate. Figúrenos, en efecto, un frente de batalla guarnecido por una línea de estos animales dispuestos á lanzarse á la carnicería y á la destrucción, levantando sus trompas en actitud amenazadora y exhalando espantosos alaridos. Quinto Curcio se detiene muchas veces á describir la impresión de terror que la vista de los elefantes producía en los soldados macedonios y tenemos una prueba de que esta vista sería verdaderamente imponente, en que el alma grande de Alejandro se atemorizó ante ella, cuando era así que este héroe había confesado muchas veces que todavía no había encontrado en ningún combate un peligro digno de su valor.

El principal servicio de los elefantes considerados como máquinas de guerra, era romper las filas del enemigo. Las hileras mas cerradas, los cuadros mas compactos, se veían obligados á ceder al choque de aquellas masas ambulantes, que, según la espresion de Plinio, desbarataban los batallones y aplastaban á los combatientes. Plutarco compara la irrupción que hicieron los elefantes de Pirro en el ejército romano con un torrente devastador al que nada puede resistir. Justino y Floro hablan en el mismo sentido del choque de estos animales. Si ha habido tropas aguerridas é intrépidas han sido seguramente las de Alejandro; y sin embargo, sus falanjes, erizadas todas de picas, tuvieron que abrirse ante los elefantes de Poro.

Cuando no se podían retirar estos formidables animales, se volvían contra su propio ejército, destruían todo lo que encontraban á su paso y el ejército podía ya considerarse como desorganizado. Entonces el enemigo no tenía mas que lanzar su caballería sobre las masas desparramadas y podía tener seguridad de arrollarlas ó desbaratarlas. Por esta razón las batallas que se han ganado por el empleo de los elefantes han sido por lo general muy terribles para la parte vencida.

Además de los estragos que causaba el elefante por el empuje de su masa, los producía también muy grandes con las terribles armas de que lo ha provisto la naturaleza. Su trompa, ese órgano el mas admirable quizá de todo el reino animal, reúne toda la fuerza de una palanca y toda la flexibilidad que pueden exigir las operaciones mas delicadas. Se les ha visto en medio de la pelea apoderarse de un soldado por medio de este terrible instrumento, ahogarlo entre sus pliegues y arrojarlo á mucha distancia; y otras veces elevarlo ligeramente sobre su cabeza para entregarlo á los hombres que iban sobre su lomo. Estos hechos se han repetido multitud de veces y de ello ha habido muchos testigos. Diodoro de Sicilia dice, hablando de la expedición de Semíramis á la India, que los elefantes de Strabobates estrujaban á los hombres con sus pies, los destruían con los colmillos, los cogían y los arrojaban á lo lejos. Iguales pormenores refiere de los elefantes de Poro en la batalla del Hidaspes.

Los colmillos son para el elefante otra arma no menos terrible. Los emplea, como emplea el toro las astas, con una energía proporcionada á su prodigiosa fuerza muscular. Se les ha visto abrir con ellos de parte á parte, no solo hombres, sino hasta bueyes y rinocerontes. Por medio de los colmillos era como principalmente rompían las líneas enemigas y abrían brecha en las masas.

Los elefantes producían sobre todo una gran impresión de terror en la caballería. El aspecto, los gritos,

el olor de estos animales hacían temblar al caballo, cuyo primer movimiento, en presencia suya, era el de la fuga. Los antiguos trataron por todos los medios posibles de vencer esta repugnancia, pero apenas lo consiguieron. En la batalla de Heraclea, la masa monstruosa é informe de los elefantes, su olor desconocido, sus gritos agudos, espantaron á los caballos, que con su fuga fueron causa de una sangrienta derrota. En la batalla de Trebia produjeron el mismo resultado. En Zama espantaron también á los caballos italianos y los pusieron en completo desorden.

Nada costó mas trabajo á los romanos que mirar con sangre fría á los elefantes. En tiempos de la primera guerra púnica, los cónsules que mandaban en Sicilia tuvieron que resignarse á no pelear en campo raso durante tres campañas, porque los soldados, aterrados por los elefantes, no querían pelear sino desde las alturas que eran inaccesibles á estos animales. Floro no encuentra palabras bastante enérgicas para celebrar el valor de los primeros que entre los romanos se espusieron á sus iras. El Senado y la gente ilustrada no participaban del terror del vulgo; pero todos tenían aversión hacia aquella máquina de guerra que desconcertaba su táctica, les obligaba á inventar nuevas armas y nuevas evoluciones, hacia dudosas victorias que de otro modo fueran decisivas, y era, en fin, un obstáculo mas que vencer. Por eso Roma se apresuró, cuando fue bastante fuerte para imponer la ley, á obligar á los enemigos á que entregasen sus elefantes ó los inutilizasen.

En el día los elefantes son objeto de supersticiosa veneración en Cochinchina, en donde los van á buscar á los bosques cuando son jóvenes, los domestican y los destinan al ejército para llevar la artillería y bagajes. En este país forman parte de la guarnición de las provincias y son mantenidos por el gobierno sin perdonar gasto alguno, siendo preferidos los blancos á los de color gris. Ghia-Long, á quien se debe la organización del ejército annamita, creó durante su dominación brigadas de elefantes, que no se han seguido empleando. Hubo también un tiempo en que los elefantes desempeñaban un papel importante en el ejército cochinchino, combatiendo de tal modo que á ellos muchas veces se debía la victoria. A los elefantes que entonces se distinguían se concedían prerogativas, títulos, dignidades y condecoraciones, que consistían principalmente en tener los colmillos dorados; pero han perdido mucha de su importancia desde que se ha generalizado entre los cochinchinos el uso de las armas de fuego, no sirviendo ya mas que para trasportar bagajes, como queda dicho.

Para juzgar, por último, pues ya este artículo se hace largo, de la fiereza de los elefantes, baste decir que una de las principales fiestas de la corte del imperio de Annam es ver luchar en el circo á elefantes blancos del emperador con tigres del país, que son tan fieros como los de Bengala.

Volviendo ahora á los elefantes que han trabajado en el Circo de Price, vamos á dar acerca de ellos las noticias que hemos adquirido del mismo domador monsieur Moffatt.

El macho es oriundo de Africa, en el interior de Túnez, y Zara nació en la provincia de Bengala, en la India inglesa.

Delhi tiene 12 años y 3 meses, y Zara 14 años. Zara pesa 2 1/2 toneladas (50 quintales) y Delhi 2 1/4 (45 quintales). Este último es el mas inteligente de los dos.

La doma ha durado dos años, habiéndose hecho cargo de ellos Mr. Moffatt en la Habana, de donde los llevó á Inglaterra, Escocia é Irlanda, y de allí los ha traído á nuestro país. En cuanto á los aplausos que han recibido, Mr. Moffatt dice, no sabemos si por galantería, que en España se han apreciado sus trabajos mas que en ninguna parte. También cree el domador que no sea posible enseñarles otros ejercicios, y dice que además son medios perfectos de conducción, pudiendo servir de transporte en los países en que no hubiese camellos.

Sus ejercicios, que son de indisputable mérito, los efectúan con completa docilidad, y aunque es difícil decir cuál de los ejercicios les cuesta mas trabajo, Mr. Moffatt cree que será en todo caso el equilibrio sobre las manos.

En este clima comen lo mismo que el búfalo; les gusta mucho la hoja de maíz; se les da de comer tres veces al día, á las 6 de la mañana, á la 1 de la tarde y á las 9 de la noche. Al día beben de 30 á 40 cubos de agua. Los gastos de manutención ascienden á unas 17 libras por semana (reales vellón 1,700).

Viajan por mar lo mismo que por tierra, y no se muestran nunca disgustados estando con ellos su domador y dándoles con regularidad su comida.

Los viajes cuestan muy caros y hay en ellos mucha esposición.

Los caballos, hasta no acostumbrarse, se asustan muchísimo.

El aplaudido Mr. Moffatt nació en Inglaterra, tiene de 26 á 28 años, y desde niño está acostumbrado á manejar fieras. Estuvo muchos años al lado de un tío suyo que era un célebre domador de una famosa compañía de Wombwell, en donde enseñó el león Wallace.

En esta compañía domó Mr. Moffatt el joven dos tigres de Bengala que llamaron mucho la atención y que luego se vendieron para Egipto. Entonces marchó Mr. Moffatt á América con una compañía, y se hizo cargo de estos elefantes que le han costado muchos trabajos. «Mi única recompensa, dice en una carta en que nos ha facilitado las anteriores noticias, ha sido la benévola acogida que he merecido al público de Madrid y tengo esperanzas que volveré con otras fieras que causarán admiración.»

Hemos creído que serán leídas con interés las anteriores noticias.

GERÓNIMO LOBO Y CASAL.

EN UN ALBUM.

EL PADRE. ¿Dónde estará la hija mía?...
La ingrata me abandonó,
y por el amor de un día
mi amor eterno olvidó.

LA HIJA. ¡Fuí loca á sacrificar
porvenir y honor á un hombre!...
y él hoy ni me quiere dar
la limosna de su nombre!...

EL PADRE. En ella los ojos fijos
tuve... ¡y se olvida de mí!...
¡Que no la traten así
Dios soberano, sus hijos!...

LA HIJA. Dios, con todo su rigor,
á castigarme ha venido...
¡y aun el castigo es menor,
menor que mi culpa ha sido!...

EL PADRE. ¡Apíadese de ella el cielo!...
Yo le perdono su olvido,
¡y muero con el consuelo
de no haberlo merecido!...

Barcelona, 24, agosto, 1863.

C. FRONTEIRA.

UN HOMBRE POR DENTRO.

POR DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(CONTINUACION.)

Julio se hallaba indeciso sobre si debía ó no continuar amargando la soledad de su Elena, con nuevas cada vez mas dolorosas; pero no sabia vivir sin que su esposa compartiera con él los recónditos suspiros de su pecho, y por fin se decidió á trazar con trémula mano, al día siguiente, estos párrafos.

«Elena de mi corazón: ¡cuánta verdad encierran las palabras de aquel escritor, que dice que las mujeres sois un sexo piadoso! por eso los hombres os hacemos depositarias de nuestras culpas. Esperarás de mi pluma la noticia de algun grato suceso. Tu imaginación habrá acariciado esas pasajeras lisonjas, que como las golondrinas forman su nido en el punto mas elevado, que es el cerebro: te engañas, amada mía, como me engaño yo en cuanto siento y concibo, excepto en la resignación que presta la religion cristiana. Me presenté al ministro, después de haberme hecho anunciar repetidas veces: le espuse mi situación angustiada y se sonrió. Este hombre de Estado, es una de esas naturalezas que desafían á que se las recuerde: su aspecto astuto, pugando por aparecer sencillo, me sobrecogió, porque es harto difícil ser expansivo con quien tiene por arma prohibida la sinceridad. Me indicó, que como no habia sido propuesto para una vacante ocurrida después de mi cesantía, y tú recuerdas bien, que él combinó sorpresivamente el modo de que fuera adjudicada á un sobrino suyo, estudiante de medicina. La hipocresía no está penada sin duda en los códigos, porque en la formación de estos intervienen los políticos y no hay política sin hipocresía. Tuve un instante de debilidad; le declaré al ministro que era aficionado á la poesía, y un ligero tinte de odio empañó su semblante. No he logrado aun adivinar en qué delinqué, pero sospecho el misterio que envolvían aquellos rayos lanzados contra mí al oír mi declaración, por aquel Júpiter tan pequeño. He sabido, que rencoroso, sin imaginario, consigo mismo, sublévase su bilis al solo anuncio de un hombre de letras. Como ni su ser, ni sus ámbitos participan de ese sol que ilumina la creación entera, llamado poesía; como respira el aire enrarecido del cálculo, y nunca aspiró las auras del sentimiento, ¿qué extraño es que rechace instintivamente á esos entes que llevan el nombre de poetas, obligados á creer y amar; bajados á la tierra para revelar sus grandezas, para purificar las aguas de eterna salud; estremecer con sus armonías los orbes y renovar la primavera de las almas? ¡Poetas! ¿Para qué sirven los poetas, los que realmente

nacen para espresar en ritmos desconocidos, las glorias pasadas en que descansan los siglos; las virtudes presentes con que se regeneran las razas y para entonar el gran himno de la moral con que se despiertan las emanaciones sublimes, aletargadas por el abuso de la civilización? ¿Para qué sirven esas sibilas del corazón, donde el humo del vapor se estiende, la industria palpita, la electricidad habla y rasga el seno de los mares el pensamiento? ¿Qué es la manifestación del espíritu, al lado de la idea concentrada, artera y cabalística de la política? Tiene razón el ministro. ¡Poetas! ¡poetas! ¡Niebla, fantasía, humo vano! ¡Pero políticos! ¡Escoria entre la cual, apenas se vislumbra un diamante!

»Una indicación vaga, por toda respuesta, de aquel hombre, convertido para mí, de salvador en fariseo, me obligó a manifestarle que tenía familia. ¡Desdichado de mí, por una expansión tan inconveniente! ¡Desdichado de aquel poderoso de acción, porque, como dice atinadamente Alejandro, sintió hervir dentro de sí el cráter de la envidia! Si antes pudo mostrarse ofendido, atribuyéndome cualidades e inclinaciones que en sí no hallaba, ¿cómo ocultar su despecho al considerarme favorecido y feliz, por ese poema de goces que á él le eran desconocidos? Le revelé que tenía un hijo en mis cordadas frases, con ánimo de conmovérle y excitar su interés hacia mí. ¡Familia! ¡Familia! exclamó ahogando un sollozo que no llegó á ser suspiro. Entonces recorde compadecido, Elena mía, que aquel hombre no tenía hijos.

¡Dios, sabio y justo sobre todas las cosas, no ha querido concederle esa felicidad, ni á ellos legarles esa desgracia! Su aspecto de reconvencción me hizo pensar las eternas horas de infecundas esperanzas que habrían marchitado sus ilusiones. Por arido y glacial que se halle su corazón, pensé que acaso este ser habría concentrado sus rebeldes sensaciones para dedicárselas á un hijo, si hubiera alcanzado el inefable encanto de verse reproducido. Que tal vez habría derramado una lágrima sola y única, por obtener de la Providencia ese don sublime que nos enlaza con el mundo. Pero cuando me rechazó sin dirigirme ni una protesta, ni una mirada de consuelo, me identifiqué con él por un instante y desapareció mi emoción. Y le contemplé erguido y satisfecho con la arrogancia del vencedor; y me condolé de aquella omnipotencia que alardeaba; y juzgué que no era posible que hubiera comprendido jamás la santidad del hogar, ni sus delicias, ni sus embuesos. ¡Ah! ¿será que el brillo del poder ciega los sentidos y alague las inspiraciones del alma?

»Y tú te creías bueno, solo por la bondad de tu deseo! Es una pobre planta silvestre adherida á la roca: un ser esterilizado capaz de todo menos de hacerse amar. Su vida es un mecanismo seco: su muerte será un balance triste, una liquidación desconsoladora. Políticos sin creencias, ¿por qué quereis ser grandes, si vuestro destino os impele, aunque por distintas sendas, á emular los hechos de Ciro, Alejandro y Mahoma, que según dice un pensador español, no fueron grandes sino porque fueron homicidas?

»Elena compadece á esos hombres que no se pertenecen nunca. ¡Perdona al que nos niega el pan que tenemos ganado, como le perdono yo! ¡El es mas desgraciado que nosotros! ¡No tiene un hijo! ¡No tiene vida privada! ¡No podrá practicar el evangelio!

»Pienso en reunirme en breve contigo y con mi hijo, á pesar de que siempre vivo con vosotros, por vosotros y para vosotros. Debo ver al instante al empresario de otro teatro, donde tengo esperanzas de que se dé á conocer mi obra. Te iba á asegurar que casi casi, detesto los empleos, pero como no me dan ninguno, no me atrevo á jurarlo, que al fin soy español. ¿Ves cómo estoy de buen humor, mujercita mía? Adios. Que tú eres responsable, de si algún día, lejano sin duda, tu hijo no corresponde al íntimo cariño que le guardo. ¿Ha crecido? ¿Surcan su frente por las mañanas aquellas ebras de ébano ensortijadas? ¿No le peines por Dios hasta mas tarde!... ¡Iluso! ¿Pues no creí que os tenía ya á mi lado? ¡Ay!»

Y Julio suspiró vigorosamente al dejar la pluma.

VI.

La época en que acontecian estos sucesos, menos infeliz que en las que se narran, existían en la capital de España algunos teatros de verso: entonces concurría un inmenso público á los coliseos en la seguridad de que la obra que iba á ver representar correspondría á la calificación del cartel, siendo comedia ó drama, si como tal estaba anunciada, y de que había de ejecutarse con cuidadoso esmero, porque los escasos buenos actores con que contamos, aun no habían desertado, para aislarse infecundamente.



CELTIBERO, SEGUN UNA LÁMPARA DE BARRO CONSERVADA EN EL MUSEO DE TARRAGONA.

Julio Bravo, decidido como nunca, á vencer los obstáculos que se le presentaban para asentar su planta en el palenque de la escena, resolvió, apremiado por la necesidad, hacer el último y soberano esfuerzo en que el valor de la voluntad decide de la suerte del individuo.

Un camino se le mostraba bonancible, resucitando las ilusiones de su noviciado poético, por el cual pensó salvar el límite de sus zozobras; recobró el mal gastado aliento de sus anteriores empresas, y puesta toda su esperanza en un afamado empresario director de otro de los teatros mas favorecidos del público y de la fortuna, desempolvó su comedia y ocultándola en su pecho del lado del corazón, temiendo que llegara hasta ella el aire de la maledicencia literaria si la llevaba en la mano, dirigióse al teatro; dióselo á conocer al último árbitro de su destino, y éste la aceptó obsequioso, ofreciendo al conmovido autor que en el término perentorio de quince días la vería representada.

Julio, alleccionado en la escuela del desengaño, no quiso por entonces dar crédito ni aun aquello á que palpaba, mas recordando las repetidas alabanzas de que era objeto el empresario en cuestión, por sus bellas cualidades morales, dulcificó se su desconfianza, vió sus soñadas realidades mas próximas, y esperó tranquilo al término anhelado de sus afanes.

Dejemos transcurrir ocho dias en tanto que la obra de Bravo se reparte á los actores. El novel autor se sonríe ante la idea de un triunfo legitimo, pero palidece al traer á su memoria el primer calvario de su escrito. Nuestro héroe, que ya tiene asiento reservado, aunque en tercera fila, en las tertulias de hombres de letras, observa, estudia y analiza aquellas organizaciones hechas exprofeso para triunfar de las demás, especialmente en los dones de la *sabiduría* y del *entendimiento*. Halla entre aquellos seres, algunos graduados en *canas*, á quienes advertida y cuerdate se respeta por tradición, y haciendo contraste otros superiores en número, que forman el consistorio de una parte de la juventud cuyo tema sempiterno es el *yo* calificado por Pascal de odioso. A todos debe un abundante caudal de consejos y experiencias. Todos han brillado y tienen abierto un catálogo de imperecederas hazañas. Quién se distingue en el estudio de la metafísica; quién desentraña los sistemas filosóficos modernos; quién ha renovado en sus cantos la *musa pindárica*; unos brillan en el ingenio de las agudezas; otros, sonoros y elocuentes en la palabra; cuál se distingue en la zarzuela, cuál en el campo histórico; cuál en la pintura de las costumbres; éste en las controversias políticas; aquel

en las reseñas tauromáquicas; el de mas allá en la crítica; y algun otro, en fin, en imitar á Hermann, en su *concierto monstruo*, ya que no cuente otros títulos que alegar.

Julio manifestó el estado de sus asuntos literarios en uno de esos círculos, y de todos los labios oyó frases que confirmaban la ventajosa idea que del acreditado empresario tenía formada. Aquellos jóvenes escritores le calificaban de Mecenas de la juventud, de especialidad como director de teatros, de genio artístico y administrativo, y añadían que todo el mundo depositaba en él su confianza, y sus comedias, para las cuales tenía un ojo muy certero, anticipándose su fallo, con el auxilio de personas inteligentes y discretas, al del público, sin que el juicio de éste discrepara ni en el menor detalle del de aquellas.

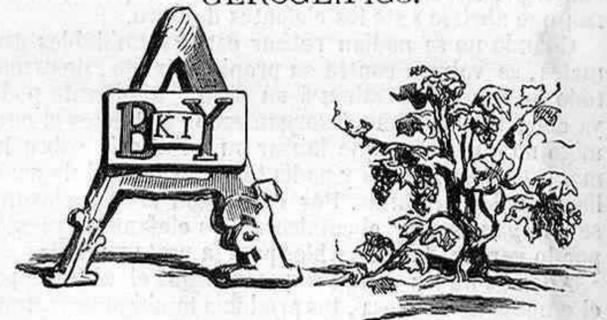
Este es el hombre y la atmósfera que yo voy buscando, pensó Bravo, lleno de regocijo, y ojalá hubiera solicitado antes la amistad de quien así se desvive por dar esplendor á las letras y á las artes.

Al poco tiempo ensayó Bravo su comedia. Había manifestado su deseo de que se confiara á los actores que fueran capaces de desempeñarla con mas acierto, pero el director del teatro no pudo acceder á aquella justa exigencia, porque las conveniencias y el orden de trabajos se lo impedían. Acostumbrado el autor á resignarse, no opuso dificultad á los propósitos de la empresa. A los pocos dias de ensayo descubrió Bravo en las personas que debían dar forma á su pensamiento dramático cierto indiferentismo que á otro mas esperto le hubiera regocijado, pero que á él le heló la sangre: sin embargo, sus temores se desvanecieron cuando el gracioso de la compañía, á quien estaba encomendado uno de los principales papeles de la obra, se deshizo en elogios acerca del mérito de la misma. Aquel artista, que se envanecía con haber obtenido una reputación pomposa en el desempeño de sus papeles corregidos y aumentados con una larga serie de parodias, respingos, piruetas y habilidades mímicas y ecuestres, era tenido por un oráculo en el teatro, por sus talentos y experiencias.

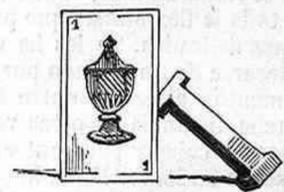
Espuso á Julio la necesidad de que se reformara su comedia para que no fuera silbada. Le exageró el placer con que tomaba parte en ella, escudándola con su nombre y su prestigio para con los abonados, y el novel autor, reconocido á tan singulares mercedes, fue espectador sumiso y resignado, aunque no tranquilo, de los golpes de mano airada que su querida obra recibió *cálamo corriente* de parte del artista.

(Se continuará.)

GEROGLIFICO.



R



E

La solución en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR, IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.